

INDIVIDUO Y SOCIEDAD EN *NINETEEN EIGHTY-FOUR* de G. Orwell

Jordi LAMARCA MARGALEF

El cuarto mes del calendario gregoriano, consagrado a Afrodita por los griegos y a Venus por los romanos, constituye, de un modo literal y simbólico a la vez, una suerte de clave inicial, común a *The Canterbury Tales*, *The Waste Land* y *Nineteen Eighty-Four*.

En la primera obra, abril sugiere un estado de ánimo esperanzado y optimista; augura los preparativos para una peregrinación a la tumba de Thomas Becket, ante el favorable cambio de estación; evoca, en definitiva, la esplendorosa eclosión primaveral. En *The Canterbury Tales*, abril se ajusta bien al sentido etimológico de apertura de la naturaleza tras la dureza del invierno: ¹

Whan that Aprill with his shoures soote
The droghte of March hath perced to the roote,
And bathed every veyne in swich licour
Of vich vertue engendred is the flour; ²

Los dos siguientes fragmentos retienen el significado de apertura (*Aprilis*, *aperere*, abrir) y, por ende, de comienzo; sin embargo, ambos principios insinúan algo muy distinto y opuesto al poema de Chaucer. Los versos iniciales de *The Waste Land* preludian lo confirmado en el resto de la obra: una dislocación del equilibrio medieval entre el hombre y la naturaleza:

April is the cruellest month, breeding
Lilac out of the dead land, mixing
Memory and desire, stirring

Dull roots with spring rain.³

Por su parte, el primer párrafo de *Nineteen Eighty-Four* prefigura una transgresión parecida y anticipa la ruina espiritual de una sociedad sin esperanza de reconstrucción ni de salvación:

It was a bright cold day in April, and the clocks were striking thirteen. Winston Smith, his chin nuzzled into his breast in an effort to escape the vile wind, slipped quickly through the glass doors of Victory Mansions, though not quickly enough to prevent a swirl of gritty dust from entering along with him.⁴

Entre ambas obras se encuentra, además, otra diferencia fundamental. Pese a la pertinaz simbología de desolación y esterilidad, la voz individualizada del poeta prevalece a lo largo de los versos eliotianos; la intimidad del yo lírico se sobrepone al caos de una ciudad hostil, en un acto de reivindicativa libertad. En cambio, en el mundo de *1984*, todo resquicio de esperanza y superación es inexistente. La imaginada por Orwell es una sociedad donde el florecimiento de la intimidad no tiene cabida; el encuentro de sí mismo en la soledad de la existencia se castiga con severidad; y, cuando la voz del protagonista se alza exangüe, es para ratificar lo inoperante de su esfuerzo: la crónica de un fracaso anunciado desde el mismo comienzo de la novela.

En efecto, el párrafo introductorio de *1984* nos hace pensar ya en una situación inquietante, de extraños relojes que dan las trece -y se entiende trece campanadas, y no la una como una traducción desacertada podría suponer-: «It was a bright cold day in April, and the clocks were striking thirteen.» En el ánimo del lector, esta descripción sorprendente y paradójica puede producir una sorpresa similar a la causada por uno de los comienzos más memorables de la narrativa inglesa del siglo XIX: *Pride and Prejudice*. Las apariencias de razonable con que empieza la novela de Jane Austen son de sobras conocidas: «It is a truth universally acknowledged, that a single man in possession of a good fortune, must be in want of a wife.»⁵ Es decir, el tono filosófico y ecuaníme pronosticado en la primera parte de la oración se desvanece en el desenlace de la misma. Y tras la suave ironía de esta aserción, la autora procede a descubrirnos las preocupaciones triviales de unos seres no menos triviales, instalados en un mundo sin sobresaltos, de relativa calma y seguridad. Esta, sin embargo, no es la atmósfera ni las expectativas que la lectura de *1984* reserva.

Las trece resonancias de los relojes nos acercan al interior del protagonista, Winston, en los apartamentos de «Victory Mansions». El segundo párrafo pormenoriza los detalles de un vestíbulo, presididas sus paredes por repetidos cartelones de «Big Brother». El dibujo bosqueja la crueldad feroz y la omnipotencia del Partido; la vigilante mirada de la efigie esconde la indestructible fuerza a la que el cuerpo y la mente de Winston sucumbirán. E

igualmente en el capítulo primero, la tipografía en mayúscula enuncia los fundamentos de la sociedad de 1984:

WAR IS PEACE
FREEDOM IS SLAVERY
IGNORANCE IS STRENGTH

De un modo gradual pero inequívoco, la caracterización y el ambiente nos desentrañan el principal foco de tensión de la novela: el de un personaje destinado a una lucha, pérdida de antemano, entre el yo y su entorno. Y no es necesario avanzar demasiadas páginas para percatarse de la abismal desproporción de fuerzas entre aquél y sus circunstancias. El desamparo y la fragilidad extrema de Winston nos recuerdan otra posición de inferioridad: el descompás del individuo respecto al universo, que Pascal expresara:

«El hombre no es más que un junco, el más débil; pero un junco que piensa. No se necesita armar el universo entero para aplastarlo. Un poco de vapor, una gota de agua, bastan a darle muerte. Pero, aun cuando el universo le aplastase, el hombre sería más notable; porque sabe ser más fuerte que aquello que le mata; y el universo ignora la ventaja que tiene sobre él.

Toda dignidad consiste, pues, en el pensamiento. El es quien nos eleva, no el espacio ni la permanencia que nosotros no sabríamos henchir.»⁶

Sin otro argumento que su propia prepotencia, el «Inner Party» se adjudica toda causa y fin del conocimiento. Toda fuerza espacial, temporal o hilemórfica encuentra su principio en ese «Partido Interior» cuyo poder no excluye tan siquiera el control de la psique. La organización política se apodera, pues, de los impenetrables ámbitos cosmológicos y psicológicos y, a través de la tergiversación y la tortura subyuga aquella suprema «ventaja» que el individuo posee sobre su enemigo. El junco pensante pascaliano es finalmente quebrado y no precisamente por una simple gota de agua, sino por un universo implacable y pervertido. La desproporción abismal entre ambos queda manifiesta en la respuesta a la pregunta de Winston para saber la razón de tan arduos empeños por destruir a un ser de su insignificancia:

The command of the old despotism was 'Thou shalt not'. The command of the totalitarians was 'Thou shalt'. Our command is 'Thou art'. No one whom we bring to this place ever stands out against us. Everyone is washed clean.⁷

La posibilidad, entrevista por Winston, de unirse a una organización clandestina hace avanzar el argumento hacia su desenlace. Al igual que el objetivo político, la peripecia amorosa con Julia está condenada al fracaso irremediable. Ambas acciones forman el armazón narrativo y, unidas y entremezcladas, convergen en la entrevista de Winston y Julia con esta suerte de inquisidor que es O'Brien. Si hasta entonces había algún resquicio de esperanza, ahora se cierran los portillos de cualquier expectativa feliz.

En especial, resulta denso el excursus ideológico que describe el sistema social y político de Oceanía, denso para el marco de una novela, mas no para el género ensayístico. La anécdota y la aventura, que los protagonistas han podido aportar en el transcurso de la trama se subordinan en el llamado «libro de Emmanuel Goldstein», a los presupuestos teóricos sobre los que la futura sociedad se asienta. Dicho libro o sección da sentido general a la historia particular de Winston y Julia.

La acción transcurre en una ciudad hostil que nos distancia sobremanera del Londres actual, si bien algunos de sus lugares se identifican con facilidad. En su esquema básico, la metrópolis de Oceanía no ha perdido, ciertamente, la continuidad institucional de la ciudad tradicional. Se promueven actividades sociales, culturales y científicas. El lenguaje evoluciona. Y existe la división del trabajo planificado.

Sin embargo, el ajetreo ciudadano adquiere unas denotaciones muy concretas en la metrópolis oceánica. El rendimiento y la eficacia en su máximo grado están por encima de cualquier compensación material y espiritual, por otra parte, apenas existente en Oceanía. Pero sobre todo, el trazado urbano representa el irreductible bastión del poder, la salvaguarda de «Big Brother», la nueva deidad cósmica, principio y fin de todo conocimiento, cuya palabra es ley, control y aniquilación sistemática.

La ciudad ocupa un lugar destacadísimo en la literatura de todos los tiempos. Ha sido escenario de aventuras de índole diversa: intrigas políticas y amorosas, revelaciones espirituales y hechos delictivos, transacciones comerciales... Es el ágora extraordinaria que amalgama lo sórdido y lo sublime. En el entramado de su topografía, escritores de todos los tiempos han encontrado un inacabable material poético, novelesco y dramático. Zola destacaba el punto de reencuentro entre el presente y el pasado, en el crisol urbano, y Baudelaire veía un lugar efervescente, en el que sus habitantes podían embarcarse en las infinitas aventuras de la mente. Incluso la «Unreal city» de *The Waste Land* se acerca a *la cité plaine de rêves* de Baudelaire.⁸

En 1984, la urbe se despoja de su viejo valor de fantasía, imaginación y aventura. La construcción piramidal del «Ministry of Truth» eleva su masa de acero y hormigón a alturas faraónicas. Su siniestra magnitud contrasta

con las desvencijadas casas de los empleados ministeriales y con las miserables viviendas de los «proles». La panorámica que Winston divisa desde su casa no puede ser más desoladora:

This, he thought with a sort of vague distate -this was London, chief city of Airstrip One, itself the third most populous of the provinces of Oceania. He tried to squeeze out some childhood memory that should tell him whether London had always been quite like this. Where there always these vistas of rotting nineteenth-century houses, their sides shored up with baulks of timber, their windows patched with cardboard and their roofs with corrugated iron, their crazy garden walls sagging in all directions? And the bombed sites where the plaster dust swirled in the air and the willow-herb straggled over the heaps of rubble; and the places where the bombs had cleared a larger patch and there had sprung up sordid colonies of wooden dwellings like chicken-houses? ⁹

Semejante descripción nos aleja sin posibilidad de retorno, de los ideales utópicos. Para Platón, Moro, Buckingham, Morris y tantos otros, la perfección humana podía materializarse al socaire de calles y edificios armónicamente agrupados. En *1984*, la ciudad no provoca más que angustia e incertidumbre. Preso de pánico ante la posibilidad de una detención inminente o expuesto a los peligros de bombardeos imprevistos, Winston camina por las calles, muy a menudo invadidas de vociferantes manifestaciones en favor del Partido. Su deambular en nada se parece a otros itinerarios literarios por la topografía londinense. Por ejemplo, al de Mrs. Dalloway por Hyde Park, o cerca de la Abadía de Westminster. Sabido es que el personaje de Virginia Woolf camina con cierta placidez mientras que las campanadas del Big Ben le avivan el recuerdo de cantidad de experiencias pasadas. En cambio, Winston tiene mermado el poder de evocación; es incapaz de reproducir su infancia con lucidez y claridad; incluso, la reconstrucción de lo inmediato está llena de dudas.

Sus sueños rememoran paisajes idílicos: praderas suaves que los rayos del sol acarician, y arroyos que fluyen entre la verticalidad de los árboles. Un *locus classicus* que contrasta con la megápolis londinense de *1984*. En obras anteriores de George Orwell como *Coming Up for Air*, *Burmese Days*, *Down and Out in Paris and London*, *The Road to Wigan Pier* y *Such, Such Were the Joys...* las connotaciones negativas del entorno urbano nunca alcanzaron los extremos de *1984*. ¹⁰

Además de los elementos ambientales y simbólicos, la ciudad de Londres comprende la geología social de Oceanía repartida en tres estratos, según el «libro de Goldstein»:

Below Big Brother comes the Inner Party, its numbers limited to six millions, or something less than two per cent of the population of Oceania. Below the Inner Party comes the Outer Party, which, if the Inner Party is

described as the Brain of the State, may be justly likened to the hands. Below that come the dumb masses whom we habitually refer to as the 'proles', numbering perhaps 85 per cent of the population. In the terms of our earlier classification, the proles are the Low: for the slave population of the equatorial lands, who pass constantly from conqueror, are not a permanent or necessary part of the structure.¹¹

Corresponde a cada estrato social unos ambientes y hábitos diferenciados, y es Winston el encargado de transmitirlos al lector, ya por directa observación, ya por la lectura del «libro de Goldstein», ya por conversación personal con O'Brien.

De los tres estamentos, el «Outer Party» es el que mayor complejidad ambiental y caracteriológica ofrece. Pertenecen a él Winston y los demás funcionarios de los tres ministerios con sus mujeres e hijos. Forman todos ellos una clase media de especialistas adiestrados para la ejecución de actividades públicas y administrativas; llevan a la práctica los planes económicos, informativos y represivos, dictados por el «Inner Party»; disfrutan de evidentes ventajas materiales respecto a su clase inmediatamente inferior: los apartamentos de «Victory Mansions», jabones rasposos, café y ginebra imbebibles, cigarrillos desliados...

En esta sociedad muy controlada, Winston es un «misfit»: el disconforme cuya rebeldía estimula la acción novelesca y le da unidad. Los otros componentes de su clase muestran una aquiescencia total, un arraigo natural sin traumatismos detectables en el medio en que les corresponde vivir. Sin embargo, su ciega sumisión no les libra del control y fulminante condena al menor amago de herejía. Proporciona esta clase media un adecuado contrapunto ambiental sobre el que la figura de Winston destaca.

Parsons tipifica la idolatría absoluta al régimen; su retrato físico muestra una innegable correspondencia con lo dicho: «a fattish but active man of paralysing stupidity, a mass of imbecile enthusiasms one of those completely unquestioning, devoted drudges one, whom, more even than on the Thought Police, the stability of the Party depended».¹² Ocupa un puesto secundario de un ministerio por sus cortas luces; su devoción al «Gran Hermano» no conoce límites, aun así, su hijita le denunciará por sueños blasfemos y terminará por fin en la cárcel.

La misma suerte correrá Ampleforth, un competente especialista del «Newspeak», culpable de conservar la palabra «God» rimada con «rod» en el nuevo lenguaje. Asimismo dentro de esta élite intelectual, se encuentra Syme, el infatigable destructor de viejas palabras, que revisa las sucesivas ediciones de los diccionarios con escrupulosidad irrepochable; su habilidad es también una amenaza para el Estado: «There was something subtly wrong with Syme. There was something that he lacked: discretion, aloofness, a sort saving stupidity».¹³

Julia posee una dimensión psicológica mayor que los anteriores personajes: su pasión por Winston deja al descubierto rasgos de una personalidad en conflicto con el entorno; la suya es una actitud eminentemente farisaica: muestra una observancia externa de las formas y los ritos, pero en la intimidad reniega de los principios del Partido; posee un agudo instinto de supervivencia que le permite burlar la vigilancia menor, pero no el suficiente para substraerse al control supremo.

La rebeldía protagonizada por Winston es más extensa y profunda. El sí cree en el pasado que fue mejor que el presente y tiene la certeza de que las cosas son susceptibles de cambio. Como los anteriores personajes, conocerá un final trágico pero, contrariamente a ellos, asumirá una disidencia consciente y formulada en la búsqueda de aquéllos que compartan la aspiración de derrotar el «Big Brother».

La novela no deja claros los orígenes de la disidencia de Winston. Acaso haya que atribuirle a la propia dureza del medio que agudiza una innata indocilidad. Sea lo que fuere, Winston cuestiona el sentido de su existencia en un mundo tan adverso, y sus íntimos anhelos abrigan la esperanza de una organización secreta. El despertar a esta conciencia se realiza de un modo penoso; se diría, casi a ciegas, tal como se desprende de la repulsión por las imágenes del filme bélico. Las primeras anotaciones de su diario íntimo parecen tantear perdidas facultades de autorreflexión; su escritura vacilante e inconexa no acierta a dar sentido y forma al pensamiento. Más adelante, por mediación de recuerdos incompletos y reflexiones incipientes, trata de ordenar las ideas y elaborar conclusiones que la realidad externa ratifica. Aparte de la propia introspección, la fuerza de la voluntad es decisiva a la hora de elevarse por encima de los hábitos adquiridos que han suprimido los instintos naturales de los componentes del «Outer Party». Particularmente ejemplar resulta el esfuerzo para localizar las imágenes procedentes de la memoria en un tiempo y lugar precisos, y así poder engarzar causas y efectos. De este modo, Winston redescubre las leyes de la lógica que el «Doublethink» ha suprimido.

En esta empresa, Winston apela a un criterio superior que invita al hombre a vencer, según expresión de Ortega, «aquello que nuestro mundo nos invita a ser». ¹⁴ Winston acabará engullido por la indestructible máquina estatal; abdicará incluso de todo dominio de sí mismo porque la medición de fuerzas resulta demasiado desigual. Para aquellos críticos que lo consideran un ser extraño y pasivo, un elemento más de una sociedad de autómatas, la frase orteguiana y la comparación con el junco pensante pascaliano les resultarán apostillas desmedidas. Sin embargo, la obstinada lucha del protagonista ¿no expresa, después de todo, el ideal de superación, la metáfora del inmisericorde universo contra los aleteos de la razón?

Orwell sitúa al protagonista en una situación límite y extrema donde

todo está rigurosamente trazado para perpetuar el poder político. Para tal fin se hace imprescindible suprimir cualquier tendencia natural del individuo y erradicar cualquier principio lógico que dé sentido a la vida. La sociedad de 1984 no es ni guía ni esperanza, sino una carga que abrumba a los miembros del «Outer Party» hasta la desesperación y la muerte.

Abandonada a su propia suerte, la clase inferior se halla sumida en un estado de degradación física y moral; ejerce los trabajos penosos y serviles y, a los ojos de la clase media, es una casta inferior, despreciable y de costumbres atávicas. Sus componentes se reproducen, conforme a la ancestral atracción sexual, crecen y se reproducen al capricho de sus propias inclinaciones y sentimientos, sin control excesivo por parte de las autoridades. Viven apiñados en casuchas, frecuentan antiguas tabernas y una de sus distracciones favoritas son los juegos de azar.

En particular, es el individuo de la clase media a quien el Estado quiere someter. Todo control es poco ya que incluso la más dura programación psicológica puede resultar inoperante y aflorar en ella las fuerzas reprimidas del inconsciente, los afectos y el poder de la razón.

Por supuesto, el miedo es el fundamento de todo control social e individual en 1984. Los bombardeos intermitentes sobre la metrópolis, las torturas más refinadas, las pantallas y micrófonos dispuestos en lugares estratégicos, las deportaciones en masa y la policía del pensamiento perturban el ánimo de los oceánicos. No existe ley penal, ni sistema jurídico alguno ya que cualquier acto puede constituir delito. La violencia imprevista, mas no por ello inesperada, resulta un medio eficazísimo para el mantenimiento del orden y la perpetuación del poder.

Indefenso ante peligros reales e imaginarios, los componentes del «Outer Party» se someten al «doublethink». El «doblepensar» es un principio o una técnica de orden psicológico y mental que, cuando menos, necesita de una predisposición favorable y un aprendizaje adecuado. Consiste en una aceptación personal e íntimamente asumida, por la cual la existencia y la inexistencia de un hecho al mismo respecto no repugne a las leyes de la lógica, ni a la razón. El «libro de Goldstein» aclara que esta facultad oceánica no es el mero ejercicio de una lógica formal, sino un acto profundo y complejo, capaz de actuar con independencia de las relaciones formales del razonamiento:

Doublethink means the power of holding two contradictory beliefs in one's mind simultaneously, and accepting both of them. The Party intellectual knows in which direction his memories must be altered; he therefore knows that he is playing tricks with reality; but by the exercise of *doublethink* he also satisfies himself that reality is not violated. The process has to be conscious, or it would not be carried out with sufficient precision, but it also has to be unconscious, or it would bring with it a feeling of falsity and hence of guilt.¹⁵

Este difícil equilibrio exige la tergiversación constante. Para ello está el «Ministry of Truth» encargado de manipular las noticias recientes, filtrar y ajustar la historia a la conveniencia de los dirigentes. Se registran los acontecimientos políticos para rectificarlos o reinventarlos al momento, mientras que los «memory holes» destruyen los rastros de posibles contradicciones. Así pues, la memoria que ordena la experiencia individual pasada, y los recuerdos que facilitan la comprensión del presente se desvanecen ante la exigencia del «doublethink».

Con todos estos medios a su alcance el «Inner Party» ejerce el control tiránico que lo perpetúa como clase dominante. No existen detalles que definan, su ambiente y formas de vida, si bien algunos indicios permiten suponer una abundancia y confort que las clases inferiores jamás podrían imaginar. O'Brien nos familiariza con los resortes de la represión; más que un retrato psicológico, su conversación con Winston esboza el ideario del Partido. Su función de portavoz se complementa con el «libro de Goldstein».

El Partido regula aquellas instituciones y actividades asociadas tradicionalmente a la jurisdicción individual y privada. La única finalidad de la familia es la perpetuación de la especie. Los hijos vigilan a sus padres en la ortodoxa observancia de las normas. Las asociaciones juveniles transforman el instinto sexual en pasión por los símbolos y las consignas nacionales. El amor y el placer caen fuera de la ley.

El ejercicio del espíritu se recusa en todas sus actividades. La espontánea y libre creación artística es inexistente. Los sombríos cartelones de *BIG BROTHER IS WATCHING YOU* ponen la única nota plástica a la ciudad penumbrosa y polvorienta. Los edificios insignes son de desproporcionada monumentalidad. Unos funcionarios especialistas expurgan el sentido y el significado de las obras literarias del pasado; otros elaboran material pornográfico para el consumo de los «proles». El cine es documental con el fin de avivar la violencia de una nación en guerra permanente.

A los ojos del Partido, la realidad es pura y simple, un concepto que prescinde de la apariencia con que lo externo se presenta a los sentidos. La fantasía, la imaginación y los sueños no pueden corregir, por tanto, los excesos y las restricciones que todo grupo social impone a sus deudos. O'Brien tiene la palabra en este punto:

We control matter because we control the mind. Reality is inside the skull. (...) There is nothing that we could not do. Invisibility, levitation-anything. I could float off this floor like a soap bubble if I wish to. I do not wish to, because the Party does not wish it. You must get rid of those nineteenth century ideas about the laws of Nature. We make the laws of Nature.¹⁶

Si el presente es cruel e inhumano, el futuro será todavía más atroz:

Progress in our world will be progress towards more pain. The old civilizations claimed that they were founded on love and justice. Ours is founded upon hatred. In our world there will be no emotions except fear, rage, triumph, and self-abasement. Everything else we shall destroy-everything.¹⁷

Estas palabras presagian el final de esta postrera búsqueda de valores auténticos en un mundo degradado. En esta batalla desigual, la derrota anunciada entre el inadaptado y la sociedad contingente se confirma en el desenlace. Si el cuerpo de Winston supera las más duras técnicas de persuasión, no así su mente, que reconoce su inferioridad ante la indestructibilidad del Partido. Las trece campanadas en un día de abril con que el relato empezaba quedan expresamente conjuradas en la reflexión de J. Cirlot sobre este número: «muerte y nacimiento, cambio y reanudación tras el final». En efecto, transformado anímicamente, Winston renacerá a una nueva vida, la de amor y sumisión total al «Gran hermano»: «the struggle was finished. He had won the victory over himself. He loved Big Brother».¹⁸

Orwell vivió un período convulso y lleno de incertidumbre como ha habido pocos en la historia. La noción tradicional que asimilaba la felicidad a la prosperidad entró en su más aguda crisis cuando los estados totalitarios de la Europa contemporánea presentaban la vida como un conflicto perpetuo de clases sociales, pueblos o razas. El control de un país era imprescindible para este respecto.

Las negras tintas que perfilan el individuo y la sociedad en *1984* se deben efectivamente al tiempo en que la novela fue escrita. Ésta no es tanto una distorsión de los factores sociales e históricos de su tiempo como una exploración literaria de sus consecuencias y resultados de seguir éstos un curso libre e imparable. Tal como señala Jeffrey Meyers, aspectos temáticos de *1984* caben ser detectados en la obra de Orwell anterior, y no menos decisivos son aquellos que proceden de la misma biografía.¹⁹

NOTAS

- 1.- Abril con significado de apertura es lugar común ya formulado en por ejemplo *Fastorum liber* de Ovidio, de *Lingua Latina* de Varro y *Saturnalia* de Macrobio.
- 2.- Chaucer: *The Canterbury Tales*, London: Everyman's Library, 1981, p.1.
- 3.- T. S. Eliot: *Collected Poems 1909-1962*, London: Faber & Faber, 1974, p. 63.
- 4.- George Orwell: *Nineteen Eighty-Four*, Penguin Books, 1954, p. 5.
- 5.- Jane Austen: *Pride and Prejudice*, Penguin Books, 1972, p. 51.
- 6.- Citado por Eugenio D'Ors, *El Valle de Josafat*, Madrid, Espasa Calpe, 1961, p. 2.
- 7.- Orwell, op. cit. p. 205.
- 8.- Véase Asa Briggs: «Writers and Cities in 19th Century» en *Literature and Western Civilization. The Modern Word*, edited by David Daiches and Anthony Thorlby, London: Aldus Books, v. II, pp. 20-22.
- 9.- Orwell, op. cit. pp. 6-7.

- 10.- Stephen J. Greenblatt: «Orwell as Satirist» en *George Orwell. A Collection of Critical Essays*, edited by Raymond Williams, London: Prentice Hall, p. 113.
- 11.- Orwell, op. cit. p. 167.
- 12.- Ibid. p. 21.
- 13.- Ibid. p. 47.
- 14.- José Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa Calpe, 1966, p. 71.
- 15.- Orwell, op. cit. p. 171.
- 16.- Ibid. pp. 212-213.
- 17.- Ibid. p. 214.
- 18.- Ibid. p. 239.
- 19.- Jeffrey Meyers: *A Readers's Guide to Orwell*, London: Thames and Hudson, 1975, p.p. 144-154.

